

Juan Ramón Torregrosa



Sombras del olvido



Colección Poesía

ÍNDICE

Prólogo por Antonio Chicharro	9
I.....	19
Amanecer en las salinas	23
Revelación	24
Luz y noche	25
Confusión.....	26
Ronda nocturna.....	27
Noche desvelada.....	28
Edad	29
Tiempo	30
El fuego	31
De amistad	32
Oda al silencio	33
La ceniza ardida	35
II	37
Entonces	41
Promesa	42
La tierra	43
Memoria	44
El nido.....	45
Infancia.....	46
Días secretos	47
Colegio	48
Leer	49
Lluvia.....	50

PRÓLOGO

*Los poetas vienen en la proa, ciegos, cantando,
y traen sobre los brazos, muerto, un ángel de ceniza blanca y
ojos de pálida luz nocturna.*

Gabriel Celaya

Sombras del olvido es un muy hermoso libro de poesía de Juan Ramón Torregrosa que sólo necesita del alma gemela de un lector para que, con la partitura textual del mismo entre sus manos, ejecute su lectura y haga sonar interiormente o en alta voz la música verbal de los poemas y, con ella, construya para sí determinadas significaciones o trate de reconstruir aquellos sentidos a que dicha música pueda conducirnos. Comienzo deshaciendo toda presumible intriga crítica. Parto justamente del final previsto para este tipo de textos liminares. Emito, pues, este juicio global previo e invito vivamente al lector a que franquee la puerta de los poemas para que, por sí mismo, viva la aventura de atravesar por un ancho y hermoso territorio donde el poeta ha sabido fraguar en sus artefactos verbales unas hondas experiencias estéticas frente a una realidad efímera donde se anudan un presente vivido con conciencia extrañadora y un pasado que la memoria redefine, delimita y a la postre vivifica en una suerte de escenario donde el inmediato mundo natural y la rueda de sus levantinas luces y mutaciones alcanza un claro y alto protagonismo, como ocurre, por poner un expresivo ejemplo, en uno de los escasos sonetos del libro, "Luz del ayer".

Dicho esto, sólo me queda ofrecer algunas informaciones complementarias, así como algunos argumentos con

los que rubricar tal global afirmación, tratando en todo momento de que mis palabras sirvan de cálido acompañamiento de este nuevo libro de nuestro poeta alicantino en su ignota vida pública.

Poca originalidad tiene afirmar que el Juan Ramón Torregrosa lector nutre al poeta y que ambas facetas están en el origen de las del filólogo y del profesor de literatura. Sus estudios y ediciones críticas y didácticas de sus admirados Benjamín Jarnés (*Su línea de fuego*, de 1980), Gabriel Miró (*Itinerario didáctico por los pueblos y parajes de Años y leguas de Gabriel Miró*, de 1985), Azorín (*Ruta de Azorín: Itinerario didáctico por rincones de Monóvar y recuerdos de la Casa-Museo*, de 1986) y Bécquer (*Leyendas y rimas*, de 2002), por ejemplo, así como sus diversas antologías de poesía (*Antología de la lírica amorosa*, de 1990; *Las cuatro estaciones: Invitación a la poesía*, de 1999, ambas en colaboración; o *Arroyo claro, fuente serena*, de 2000; y *La rosa de los vientos*, de 2000), no son sino consecuencia de una larga y estrecha relación con la literatura y particularmente con la poesía vivida en callada plenitud, tal como puede apreciarse en el poema "Leer" -elogio de la lectura, que incluye un ejercicio intertextual, y abierto reconocimiento de la intensa capacidad de la misma de hacer vivir otros mundos y de ofrecer un cierto conocimiento de lo real- y tal como leemos en la primera parte de "Tiempo":

*Estos silencios de los días vagos,
sin nadie por la casa,
enteros para el ocio sin tumulto,
para el libro escogido al azar
-poco importa si verso, si prosa-,
disfrútalos con calma, tuyos son.*

Esta plenitud de vida literaria, que nutre su labor filológica y docente, como queda dicho, ha conocido una proyección creadora que ha dado los frutos de *El estanque triangular* (1975), *Sol de siesta* (1996) y el continuado y maduro ejercicio de poesía contra el olvido que constituye el presente libro, este *Sombras del olvido* que comienza precisamente con un espléndido poema acerca de la luz, la luz primera del día inundando las salinas, y acerca de la equívoca, luminosa y transparente quietud especular de la salada superficie del agua que fragua el espejismo de un mundo otro frente al de la luz negada por el que discurre el sujeto poético. Así pues, desde este poema primero, Torregrosa plantea lo que va a ser una de las constantes del poemario de gran capacidad simbólica: la oposición de la luz y de la sombra, de lo diurno y lo nocturno. A partir de aquí, el poeta va desgranando, graduando y modulando en diversos textos su tan básico como eficaz planteamiento simbólico como puede comprobarse, entre otros, en los poemas “Luz y noche”, “Ronda nocturna”, “Noche desvelada”, “De amicitia” y “Lugar de paso”.

No obstante, no conviene perder de vista que, por lo que concierne al título de nuestro libro, el poeta, más que mostrar tal dualidad simbólica, lo que tal vez persiga es nombrar sobre todo los resultados poéticos de un vivísimo recorrido por los espacios de la memoria que tienden a perderse y a quemarse en la hoguera del olvido. Por eso, el poema “Certeza” resulta clave para comprender cómo el poeta percibe su inmediato mundo exterior y cómo, presa del extrañamiento y con conciencia de alteridad, lo conforma dentro de sí con el inevitable concurso de la memoria. Por eso, los poemas son

resultado o sombra de una indagación en la memoria que se nutre tanto de recuerdos como de olvidos.

Pero es más, la concepción de los poemas como sombras se ilumina si tenemos en cuenta “La ceniza ardida”, poema final de la primera parte que nos ofrece ciertas claves estéticas y la posibilidad de un interesado uso crítico a la hora de tratar de reconstruir los aspectos básicos de la poética de Juan Ramón Torregrosa. Si en nuestra cultura simbólica los colores grises y oscuros carecen de todo prestigio, como no he de demostrar ahora, lo que justifica su uso para caracterizar aquello que entre nosotros es irrelevante, mediocre, marginal o vale muy poco o nada, etc., en el poema a que me refiero y por extensión en el poemario que nos ocupa, la ceniza o las sombras resultan revaluadas simbólicamente al constituir los restos, o materia sónica, de una gloria ardida -*Y no hay gloria mayor ni más sublime/ que la de haber ardido*- y la material certeza que permite reconstruir aquello que ha tenido una intensa y luminosa vida. Si en el poema en cuestión entendemos por rosa una superior experiencia estética, por ejemplo, y por ceniza el poema o restos verbales de su reconstrucción, tendremos una clave de su poética y alcanzaremos a comprender la que puede ser una razón del título del libro, título que se ilumina también por relación con el del anterior, *Sol de siesta*, en el que alcanza un claro protagonismo poético la memoria de la infancia y las luces interminables de sus tardes.

Sombras del olvido, que sigue los modos y asuntos poéticos ensayados en el referido anterior poemario,

aunque apuntando al mundo que, sin luz, también existe y cuyos paratextos de Quevedo, Bécquer, Juan Ramón Jiménez, Miró y Antonio Carvajal muestran a las claras algunas de las preferencias y algunos de los parentescos poéticos de nuestro autor, ofrece treinta y cuatro poemas de clara madurez agrupados en tres secciones sin título, poemas de muy calculada factura y variedad métrica, sin que falten los escritos en verso libre, que tienden a la contención, persiguen la brevedad, se instalan no pocas veces en la paradoja, son -llama y ceniza- efecto de la materia de la vida ardida -acérquese el lector al poema "El fuego", de la primera parte- y que, rebosantes de imágenes sensoriales, transitan sin altibajos ni excesos la senda de un profundo lirismo con los pies bien puestos en la tierra. Esto explica que el poeta dé cauce en el mismo a tan escasos como graves aspectos temáticos: la poesía y la sorpresa de los actos creador y cocreador, el paso del tiempo con sus mil rostros y señales, el amor -eros y filía-, la sorpresa ante el mundo natural que ofrece siempre más desnuda *la belleza y la paz y la verdad*, el ancho reino de la memoria con sus calas en el indeleble territorio de la infancia, en cierta luz de un jardín algún día percibida y su recorrido por las galerías del alma y poco más.

No me cansaría el hecho de seguir hablando de este libro y de este poeta, pero creo haberme excedido en lo que sólo pretendía ser una invitación más o menos directa a la lectura de estas luminosas sombras que constituyen los poemas de *Sombras del olvido*. He de terminar. Sea, pues,

bienvenido este nuevo libro de poesía a su minoritario mundo y que le depare a sus lectores tanta ocasión de vivir la belleza y la verdad como a mí me ha proporcionado. No en balde sus poemas han sido fruto del placer de juntar palabras y disponerlas para que se expandan por el gran tiempo.

ANTONIO CHICHARRO